



VI Sección: Dos conferencias

Patrones de evolución en la América Antigua

Juan Carlos Solórzano F.
Investigador del Centro de
Investigaciones Históricas de
América Central
firuli@mikecr.com

Recibido: 24 de junio de 2011

Aceptado: 31 de agosto de 2011.

Resumen

Durante muchos años la Antropología dividió en cuatro grandes categorías a las sociedades que encontraron los españoles a principios del siglo XVI en América: estados, cacicazgos, tribus y bandas. A cada una correspondería un determinado nivel de desarrollo económico y poblacional. Así, se consideró que sólo en las Áreas Nucleares donde existieron “estados arcaicos” hubo una alta densidad demográfica y una eficiente producción de alimentos. En el otro extremo, las sociedades organizadas en bandas, se caracterizaban por su escasísima densidad demográfica y limitados medios de subsistencia. En este artículo se critica esta postura al considerar que los territorios supuestamente poco habitados, en realidad tuvieron una elevada concentración poblacional y sistemas muy productivos de obtención de alimentos.

Palabras clave: Area Intermedia- Amazonía- Cacicazgos- Marajó- Charles R. Clement- Caddo

Abstract

Traditionally the Anthropology divided in four principal categories the societies the Spaniards found in America at the beginning of the 16th. century: states, chiefdoms, tribes and bands. Each category was associated to a certain economical and



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.universidadcostarica.ac.cr/) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

population development. It was considered that only in Nuclear Areas where “arcaic states” developed, the population attained a high demographic density and an efficient food production. This article criticizes this stance and proposes that supposedly almost uninhabited territories, were in fact densely populated and the people who occupied them developed very productive means of subsistence.

Keywords: Intermediate area- Amazonian- caciquism- Marajó- Charles R. Clement -Caddo

Introducción

Al momento de la llegada de los españoles en 1492, el continente americano constituía un mosaico de culturas y pueblos con niveles de desarrollo muy desigual.

Junto a los estados de las regiones llamadas nucleares: Mesoamérica y los Andes Centrales, coexistían cacicazgos poderosos o “señoríos” en territorios de Centroamérica, Colombia, Ecuador (el Área Intermedia) y en otras regiones, pero también gran cantidad de poblaciones, supuestamente en grados menores de organización sociopolítica: cazadores-recolectores organizados en tribus o en cacicazgos muy pequeños.

Precisamente, uno de los grandes debates actuales de la historia prehispánica se centra en cómo caracterizar a estas últimas poblaciones, que habitaban los territorios que quedaron al margen de la dominación colonial y que sólo fueron sometidos mucho más tardíamente, esto es, después de terminado el período colonial en Hispanoamérica. Nos referimos a los extensos espacios de la Amazonia, gran parte de Norteamérica, la fachada atlántica de Centroamérica, sur de Chile, etc.

Cuando los españoles se establecen de manera definitiva en el Nuevo Mundo lo hacen predominantemente en los territorios que formaban parte de la América Nuclear (Mesoamérica, Andes Centrales) y la llamada Área Intermedia, situada entre ambas regiones centrales. Esto ocurre también en el Caribe. Como



se sabe, el establecimiento de los ejes del poder de la colonización hispánica se asentaron en los antiguos centros de los estados Azteca e Inca.

Llegado el siglo XVIII, la colonización avanza hacia el Norte de México, pero en el Sur no logra traspasar las fronteras donde la había detenido la gran rebelión mapuche de 1598.

Fue sólo a partir del siglo XIX que comienza la ocupación de los territorios previamente no conquistados por los españoles, los llamados territorios de frontera, donde fracasó también el intento de establecer misiones a cargo de frailes evangelizadores.

Estos espacios poco explorados atraen la atención de colonos procedentes de las urbes u otros centros de población hispanoamericana que empiezan a emigrar a esas regiones por múltiples motivos. Mencionemos, la triste historia del impacto que causan los huleros, cuando el caucho adquiere gran valor en los mercados mundiales, durante la segunda mitad del siglo XIX.

Es durante esos años que se fortalece la idea que ya los misioneros españoles habían elaborado con respecto a los escasos habitantes originarios de esas regiones sin conquistar: la de que esas poblaciones permanecían en estadios de desarrollo primitivo, en salvajismo. En estos territorios de frontera predominaban comunidades pequeñas con sistemas de organización socio-política muy simples, cuyo modo de vida se sustentaba en la caza, la recolección y la pesca. Y aunque disponían de cultivos, al agotarse los suelos debían desplazarse hacia otros sectores del bosque.

Así pues, cuando la Antropología y la Arqueología elabora sus primeras interpretaciones de la evolución de los pueblos en América, surge un panorama que es el que se ha mantenido hasta nuestros días y que se puede resumir así:

A la llegada de los españoles al Nuevo Mundo las poblaciones autóctonas se agrupaban en tres formas de organización socio-política:

1-La primera es aquella que los arqueólogos han denominado “estados arcaicos” y que surgieron, como dijimos, en las regiones llamadas áreas nucleares: Mesoamérica y el Área Andina. Dichos territorios pasaron a ser los



centros del poder del Imperio Español y donde se ubicaron sus dos primeros virreinos. La evolución de los pueblos de ambas áreas se ha estudiado profundamente, a partir del desarrollo de la agricultura basada en tres plantas fundamentales: maíz, frijoles y cucurbitáceas.

2-Una segunda forma de organización corresponde a pueblos con un nivel de organización socio-política de rango inferior al estado arcaico, que los arqueólogos denominan cacicazgo, un término algo vago ya que bajo este concepto de cacicazgo se agrupan organizaciones de tamaño muy diverso, desde los llamados “señoríos” de los quiché y cackchiqueles en Guatemala, los señoríos étnicos del Ecuador o los zipa de las sabanas de Bogotá, hasta los dos caciques principales que se dividían el territorio de gran parte de Costa Rica al momento del arribo de los conquistadores.

3-Por último, están los pueblos organizados en *tribus y bandas*: sociedades a pequeña escala de cazadores y recolectores, pero que también disponían de cultivos. Se integraban entre sí mediante lazos de parentesco. Sus asentamientos eran dispersos: casas aisladas o agrupadas en pequeño número. Disponían de campamentos en los que permanecían temporadas con el fin de recolectar plantas, cazar o pescar. La agricultura era relativamente marginal, predominando el sistema de roza, que obligaba a la mudanza de los asentamientos.

El continente americano, de acuerdo con esta visión, estaría entonces muy fragmentado políticamente, al momento de la llegada de los europeos. Esto es: numerosos pueblos con diversos rasgos culturales, pero que, visto dentro de esta óptica tripartita de **estados arcaicos, cacicazgos y tribus**, inclinaría la balanza, al menos numéricamente, hacia esta última clasificación. Es decir, el continente americano en 1492 era un mundo en el que predominaban las sociedades de cazadores-recolectores con una agricultura relativamente marginal. Sólo en los territorios donde prosperaron los “estados arcaicos”, la sociedad alcanzó su mayor desarrollo y sólo allí la agricultura intensiva permitió la formación de ciudades y una gran densidad demográfica.



¿Qué tan válido es este enfoque hoy día a la luz de los nuevos descubrimientos arqueológicos?

Un primer factor que llevaría a cuestionar la interpretación que establecía el predominio numérico de pueblos cazadores-recolectores en grandes áreas del continente americano provino de la historia demográfica, en las décadas de 1960 y 1970.

En primer lugar, se avanzó la idea de que la población que habitaba en los territorios nucleares había sido muy numerosa, mucho más de lo que previamente se había aceptado. Fue así que se llegó a estimar una población superior a los 20 millones para el México Central en los años previos a la Conquista. Estos estudios demográficos se unieron a los análisis de historiadores que incursionaron en la investigación de las epidemias y su impacto en la conquista de América, como el pionero Alfred

W. Crosby, con su libro *El intercambio colombino: consecuencias culturales y biológicas de 1492*, publicado en 1972 (Más tarde, en 1986, publicó *Imperialismo Ecológico: las razones biológicas de la expansión colonial europea (900-1900 d.C.)*).

Hoy día se acepta que las epidemias tuvieron un impacto letal en las poblaciones americanas y que para el caso de México, la población pasó de esos veinte millones a sólo 1,6 millones para 1650. Inclusive se acepta que estas epidemias constituyeron lo que algunos historiadores denominan “las tropas de choque” del conquistador, pues en el caso del Perú, éstas epidemias se habrían propagado desde el istmo panameño hasta el Perú, provocando las “extrañas enfermedades” que hicieron sucumbir súbitamente al Inca gobernante Huayna Cápac en 1525, junto con quizás hasta el 50% de la población del Imperio Incaico. Esto provocó la crisis que habría de favorecer la conquista española.

Para el caso de México, existen los testimonios de la propagación de las plagas durante el sitio de los españoles a la ciudad de Tenochtitlán. Ahora bien, si después de acalorados debates se acepta el tremendo descenso demográfico





para las regiones nucleares, sólo más recientemente se empieza a aceptar que la densidad de población era también extraordinaria en otras partes del continente y que ésta también fue víctima de las epidemias de la época, provocando una caída demográfica superior al 90% de la población.

El que la población fuese enorme en México Central o en los Andes, no altera el análisis de que nos encontramos frente a sociedades de carácter estatal, con marcados niveles de estratificación social. Lo que se modifica es el tamaño de esas sociedades, pero no tanto el carácter de su organización socio-política.

En cambio, si aceptamos que la Amazonia se encontraba densamente poblada, esto se opone a la concepción tradicional, hasta ahora predominante, de que prevalecían allí sociedades de carácter tribal, seminómadas en muchos casos, pues su sistema agrícola de roza no les permitía conformar sociedades de gran densidad demográfica.

El sistema de roza (corte y tala) se caracteriza porque deja en descanso una gran parte del territorio por un tiempo determinado, en tanto se cultiva el ocupado, que debe ser abandonado cuando los rendimientos decrecen, para dejarlo en barbecho, en descanso, para lograr su reconstitución natural después de largos años. No hacer esto provocaba el deslave de los suelos y su conversión en un terreno estéril.

Al aventurarse los pobladores neohispanos en esos territorios fronterizos, a lo largo del XIX, este es el tipo de sociedades que ellos encuentran: pequeñas comunidades que dependen en gran medida de la caza y recolección para su subsistencia. Previamente, durante la época colonial, esos territorios quedaron sin explorar por los españoles y portugueses, en parte porque opusieron los nativos una fiera resistencia. Pero las expediciones militares y el envío de frailes hacia esas regiones causaron un impacto letal en esas poblaciones, que se sumó a las epidemias que ya se habían propagado desde el siglo XVI. Todo esto habría entonces provocado su involución socio-política, desarticulando los previos cacicazgos poderosos y llevando a estos pueblos a organizarse en sistemas simples: tribus o cacicazgos de muy reducidas dimensiones.





Un segundo factor que arroja dudas sobre la densidad demográfica de los pueblos de la selva en 1492, es la relectura y revalorización de los primeros relatos de los europeos del siglo XVI, considerados previamente como fantasiosos y exagerados en lo que concierne al número de habitantes en esas regiones. Estos vienen a añadirse y a reforzar los estudios demográficos que ya enfatizaban en lo densamente poblado que se encontraba el Nuevo Mundo al momento de la Conquista.

Por ejemplo, Francisco de Orellana en 1542 cuando realizó su épico viaje por el Amazonas, mencionó los “*numerosos y grandes asentamientos, lo lindo del país y lo fructífero de la tierra*” a orillas de los ríos, por centenas y centenas de kilómetros en su descenso hacia el Océano Atlántico. Y si nos venimos para Costa Rica y escuchamos el relato de Cristóbal Colón, de la pluma de fray Bartolomé de las Casas, aquel dice de la isla Quiribrí (la Uvita) a 3 km frente a Limón, “*que parecía un vergel deleitable*”, por lo que Colón la llamó La Huerta.

Estos relatos fueron tachados por historiadores y arqueólogos de “desmesurados” y durante años predominó la idea del Amazonas como un territorio con grandes limitaciones para contener una población densa, por sus suelos deslavados por la saturación de las aguas, la escasez de animales de caza y la vegetación selvática.

A partir de las excavaciones e investigaciones realizadas por la arqueóloga Anna Roosevelt desde la década de los 90, empieza a emerger una idea diferente de las planicies aluviales de la Amazonia: abundante de fauna acuática, vastos territorios de suelos aluviales y extensos terrenos ribereños dotados de árboles, palmas y helechos a orillas de los ríos y las tierras inundadas cuyos ecosistemas constituían zonas arboladas de especies que se extendían más allá de sus regiones de origen.

A raíz de sus investigaciones en la isla Marajó, situada en la desembocadura del Amazonas, con una extensión superior a los 40.000 km², Roosevelt planteó que la población allí existente antes del arribo de los españoles superaba los 100.000 habitantes y que allí prosperó una civilización que se



mantuvo durante al menos un milenio.

Según Roosevelt, los habitantes de la isla supieron manipular y mejorar la selva y la tornaron **antropogénica**. Igual piensa Charles R. Clement, un antropólogo botánico brasileño, quien afirma que una gran variedad de plantas fueron cultivadas en esta región. Especialmente una gran variedad de huertos de árboles frutales, helechos y palmas. Inmensas extensiones de terrenos ribereños fueron transformadas por la propagación de estas plantaciones de árboles, que suministraban frutos y nueces por más de veinte años, por lo que el trabajo de renovarlos era bastante espaciado en el tiempo.

Roosevelt y sus seguidores afirman que toda la selva amazónica fue transformada de acuerdo a las necesidades de estas poblaciones. Enormes extensiones de terrenos no inundables, adquirieron entonces un carácter antropogénico. Las poblaciones indígenas prácticamente modificaron el paisaje al cambiar la variedad y la densidad de las especies de árboles de la Amazonia. Este concepto ha sido difícil de aceptar para quienes defienden un imaginario ecológico muy difundido, de considerar la selva como algo prístino, un paraíso virgen. Pero en realidad, la selva parece haber sido moldeada por la gente durante milenios. Este concepto se puede aplicar a todos los ambientes tropicales. En portugués se le llama a esta tierra "*terra preta*". Un suelo oscuro y fértil (tierra negra del Amazonas).

La *terra preta* es generada por un conjunto especial de microorganismos que resisten el agotamiento. Alcanzado un determinado nivel, la tierra negra tiene la capacidad de perpetuarse y aún regenerarse comportándose más como una especie de "super-organismo" viviente que como material inerte.

La *terra preta* se caracteriza por su alto contenido de carbón y fue ciertamente "fabricada" mediante una combinación de carbón, restos de cerámica, material orgánico (huesos de peces y animales, estiércol, residuos de plantas) que las poblaciones indígenas añadían al suelo infértil de la Amazonia. Tiene un alto contenido de nutrientes como nitrógeno, fósforo, calcio, zinc y manganeso. Muestra igualmente altos niveles de actividad microorgánica y otras características





propias de su particular ecosistema. Y, algo fundamental: tiene resistencia a la erosión, un problema característico del suelo de las selvas tropicales.

La *terra preta* habría comenzado a “fabricarse” entre 450 a. C. y 950 d. C. y su profundidad puede alcanzar los dos metros. Algunos reportan que miles de años después de su creación tiene la capacidad de autoregenerarse a una tasa de 1 cm. por año. Incluso campesinos mestizos (cabocos) la buscan hoy en día para venderla.

Pero además, en la Amazonia, la pesca era abundante y se han encontrado restos de peces que pesaban hasta 300 kilogramos.



Los descubrimientos de Anna Roosevelt se complementan con otros realizados en los llanos de Mojos, en la Amazonia boliviana y en el territorio de Baures (el Beni) también en Bolivia. Allí se encontraron restos de una vasta infraestructura que es ahora vista como un conjunto de sistemas agrícolas de campos elevados, caminos, canales, montículos y otros trabajos de remoción de tierras, que cambió también la idea previa que se tenía de estos territorios. Se pensaba que allí la población prehispánica había sido escasa y dispersa, que dependía para su subsistencia de la caza, pesca y agricultura de roza. Pero ahora se sabe que los habitantes originarios desarrollaron una agricultura intensiva y un psicultura que constituyó la base para el desarrollo de una población numerosa. En los terrenos inundados durante tres a cinco meses del año, los pobladores construyeron estanques y canales con trampas para atrapar los peces. Se utilizaba el barbasco, una planta que tiene un poder narcótico y debilitante en los peces, sin matarlos.

En resumen, los abundantes hallazgos arqueológicos y los estudios botánicos llevan cada vez más a la convicción de que la Amazonia era un territorio muy diferente al que encontraron los exploradores del siglo XIX. Al menos el 50% de los árboles y palmas allí existentes eran utilizados por sus habitantes como alimento y su propagación había sido calculada y producto de la manipulación humana, de allí el concepto de **selva antropogénica**. Se ha detectado el uso de al menos 138 especies de plantas, la mitad árboles, así como 15 especies de lianas como alimento, sebo, madera, fibra, combustible, insecticida, etc. La palma más importante era el pejibaye (*Bactris gasipaes*), que tiene más de 200 nombres y se difundió por Centroamérica. Sus frutos contienen aceite, betacaroteno, vitamina C y vitaminas. Seco se le empleaba para fabricar harina. Rinde dos cosechas al año y es de gran productividad por hectárea, superior al arroz, los frijoles y el maíz. Rinde fruto a los cinco años de sembrado y se mantienen en producción cerca de treinta. En Costa Rica era abundante a la llegada de los españoles, evidencia de la reciprocidad cultural de los habitantes originarios de nuestro país con los de la región Orinoco-amazónica.



Pero no es sólo respecto a los pueblos que habitaban la cuenca Orinoco-amazónica que se debate la densidad poblacional de otras regiones de este continente al momento de llegar los europeos. Por ejemplo, lo mismo podría afirmarse de las poblaciones del Sudeste de los EE.UU.

En Texas y en el occidente de Georgia vivían las poblaciones Caddo y Coosa al momento del arribo de los expedicionarios españoles. Fue a inicios de 1540 cuando ingresó Hernando de Soto, al mando de entre 600 y 700 soldados, 24 sacerdotes, 220 caballos y una partida de más de 300 cerdos, prolíficos reproductores y verdadera alacena ambulante.

La expedición terminó en un fracaso. De Soto muere cerca del Mississippi y le sobreviven unos 300 españoles que a duras penas consiguen regresar a México. Pero las consecuencias de esta expedición fueron letales para los indígenas. Los testimonios españoles señalan que se trataba de bravos guerreros que habitaban densos pueblos. Investigaciones actuales calculan que los Caddo, en 1542, vivían en el este de Texas, Luisiana y porciones occidentales de Arkansas y Oklahoma y que sumarían al menos unos 200.000 habitantes.

Los Caddo se extinguieron rápidamente y, cuando en la década de 1680, los franceses exploran la región del Mississippi ya no existían los prósperos pueblos que mencionaron los sobrevivientes de la expedición de De Soto. Y, en vez de los impresionantes pueblos vistos por los españoles, los franceses se toparon con enormes manadas de bisontes. Investigaciones actuales calculan que para esos años sólo quedarían unos 8.500 Caddo y un siglo más tarde se habrían reducido a tan sólo 1.400.

Esto viene a apoyar la idea de la existencia de una gran población en regiones que antes se consideraba eran escasamente pobladas. Pero igualmente, el cambio en el paisaje que empezó a convertirse en el “wilderness” que encontraron los colonos anglosajones, una vez que cruzaron los Apalaches, en su avance hacia el Oeste, después de la Independencia.

Conclusiones



Al realizar este rápido repaso de la reinterpretación de las poblaciones que ocupaban los territorios que previamente se consideraba habitados por grupos humanos muy pequeños, que se adaptaban a los entornos ecológicos sin modificarlos, surge una imagen completamente diferente.

Nos hallamos más bien frente a densos conglomerados de población organizados en grandes cacicazgos, algunos unificados en grandes confederaciones, que habían logrado modificar el paisaje, su entorno ambiental, pero de manera que, lejos de destruirlos a largo plazo, más bien los convirtieron en ambientes sostenibles y productivos. No era que vivían en armonía con la Naturaleza, sino que la modificaban de una manera tal que podían obtener abundantes recursos de ella, ampliando, muchas veces, el verdor del paisaje y la cobertura vegetal deseada por los humanos.

La idea que antes se tenía de América cuando llegó Colón: un vasto espacio de bosque y selvas vírgenes, muy poco pobladas por muy pequeñas comunidades de pobladores que poco habían avanzado y que permanecían en un estadio de “salvajismo primitivo”, hoy día ya no es aceptable como resultado de las investigaciones arqueológicas y de la antropología botánica.

El mundo americano en 1492 era un vasto espacio de paisajes antropogénicos: un “vergel deleitable” como llamó fray Bartolomé de las Casas a la actual isla la Uvita (Quiribrí). Constituía el resultado de la gestión cuidadosa y planificada de una amplísima variedad de sociedades. Y la mejor lección que nos dejaron los pueblos americanos es que los humanos pueden modificar el ambiente, modificar el paisaje sin que necesariamente arrasen la fértil capa vegetal.

Por otra parte, no olvidemos tampoco que, más del 50% de las plantas que hoy día se cultivan en el planeta fueron domesticadas por los pueblos originarios americanos. Y, que algunas plantas apenas empieza hoy día a reconocérsele su enorme valor como la quinoa, poco conocida hoy día fuera del ámbito altiplánico andino. He aquí un valiosísimo aporte botánico cultural al planeta entero.



Bibliografía

Juan Carlos Solórzano F., *América Antigua: Los pueblos precolombinos, desde el poblamiento original hasta los inicios de la conquista española*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2010.

-Charles C. Mann, *1491 Una nueva historia de las Américas antes de Colón*, México: Taurus, 2006.

-Shepard Krech III, *The Ecological Indian: Myth and History*. New York: W.W. Norton, 1999.

-Anna Roosevelt (editora), *Amazonian Indians from Prehistory to the Present: Anthropological Perspectives*, University of Arizona Press, 1997.

-<http://www.theatlantic.com/past/docs/issues/2002/03/mann.html>

Conferencia dictada en el marco del I CONGRESO IBEROAMERICANO SOBRE PATRIMONIO CULTURAL

Universidad de Costa Rica (diciembre 2010)

